

Protesta Popular y Procesos Políticos en América Latina

Carlos Figueroa Ibarra

Por alguna razón, no pocos estudios acerca de los procesos políticos en América Latina tienden a subestimar el rol de la sociedad civil, de las multitudes y de los levantamientos en dichos procesos. Hace algunos años, un estudioso estadounidense hizo tal reproche a los que se dedicaban a estudiar las transiciones a la democracia.¹ El último texto que he leído acerca del cual se le puede hacer este reproche es el libro de Julio Cotler y Romeo Grompone dedicado al ascenso y caída del fujimorato.² El lector fácilmente advierte que en el análisis de Cotler y Grompone el descontento social es sólo el telón de fondo y exceptuando una mención ocasional a la Marcha de los Cuatro Suyos (p. 62), la protesta popular parece como un lejano y sordo murmullo.

Sin embargo, el rol de la protesta y del movimiento popular en la caída del fujimorato no puede ser desdeñado. Desde 1992 se produjeron marchas, manifestaciones y paros de carácter regional, en los que se exigía la reinstalación de los gobiernos regionales disueltos por Fujimori. Ante los rigores del autoritarismo fujimorista y de su política neoliberal, estudiantes demandaron respeto a la autonomía universitaria mientras trabajadores de la construcción, de la salud y maestros exigieron mejores salarios y condiciones de trabajo. Trabajadores petroleros, portuarios y telefónicos realizaron ambiciosas campañas nacionales en contra de las privatizaciones que obligaron al régimen a restringir el derecho constitucional al referéndum.³

Al retomar las tradiciones de lucha popular acumuladas a lo largo de todo el siglo, en julio de 1999 la Central General de Trabajadores del Perú (CGTP) convocó a la primera Marcha de los Cuatro Suyos; en agosto de ese año sucedieron nuevas protestas populares, y en enero de 2000, en el contexto del inicio de la campaña de Fujimori por un tercer mandato, sindicatos, confederaciones campesinas, organizaciones estudiantiles, frentes regionales y partidos políticos de la oposición reunieron a 30 mil personas en el centro de Lima. En marzo del 2000 se realizó la segunda Jornada Nacional de Protesta y el



Paro Cívico. En la noche del 6 de abril —cuando Fujimori fue reelecto—, una concentración de 50 mil personas dio inicio a tres días de las más grandes manifestaciones que se habían visto en contra del régimen. El ascenso de la rebelión tuvo un punto culminante en la segunda Marcha de los Cuatro Suyos, en vísperas de la tercera asunción de Fujimori, en julio de 2000. La noche anterior a la inauguración del tercer mandato, una gran marcha reunió en las calles de Lima a unas 100 mil personas. En noviembre, habiendo salido ya Fujimori de Perú, se realizó exitosamente otra Jornada Nacional de Protesta seguida por una huelga campesina de 72 horas. Cuando Fujimori envió su renuncia desde Tokio, las organizaciones populares ya habían anunciado una huelga general que habría de iniciarse el 25 de noviembre.⁴

Estallidos y ciclos de protesta popular

Lo sucedido en Perú es uno de los momentos culminantes de la multitud de acontecimientos en la historia reciente de América Latina. El primero de ellos parece ser el Caracazo del 27 y 28 de febrero de 1989, cuando el anuncio de las medidas de austeridad económica inició lo que se ha llamado un ciclo u ola de protesta

1 Munck, Gerardo, "Social Movements and Democracy in Latin America. Theoretical Debates and Comparative Perspectives". Paper presented at the XVI International Congress of the Latin American Studies Association, April 4-6, 1991, Washington D.C.

2 Cotler, Julio y Grompone, Romeo, *El fujimorismo. Ascenso y caída de un régimen autoritario*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2000.

3 Pole, Deborah y Renique, Gerardo, *Movimiento Popular: transición democrática y la caída de Fujimori*. Ciberayllu-ISSN:15279774, www.andes.Missouri.edu/Especiales/DPGRCaídaFujimori.html, 2001.
4 *Ibid.*

popular o social.⁵ La rebelión que comenzó en Caracas pronto se extendió a otras ocho ciudades del interior del país, donde la población saqueó establecimientos comerciales, construyó barricadas, cerró calles, quemó transportes colectivos, autos y neumáticos, y creó con ello un caos que sólo pudo ser contenido por un despliegue represivo, el cual en una semana, según cifras oficiales, mató a 300 personas.⁶ Pero tal contención no minó el clima de la rebelión en los años siguientes. Si en el período de 1989-90 se observaron 675 actos de protesta popular, tal cifra fue elevándose cada año hasta llegar a 1,096 en 1993-94, para declinar luego a 561, 534 y 550 entre 1994 y 1997. Al menos hasta 1994, los cierres de calles, las tomas de establecimientos y las marchas fueron las expresiones de lucha más observadas.⁷

Otro momento notable en la historia de las luchas populares de la América Latina de los últimos años es el proceso desencadenado con el alzamiento zapatista de enero de 1994, en Chiapas. Acaso la clave del gran éxito del movimiento zapatista en el segundo lustro de la última década del siglo XX fue haberse reconvertido aceleradamente de una guerrilla que buscaba el poder en un vasto movimiento social de gran convocatoria. Puede decirse sin temor a equivocaciones que no ha habido guerrilla más exitosa en América Latina (lo que incluye a las FARC de Colombia con sus 20 mil efectivos y 60 frentes en todo el país), porque habiendo realizado una precaria guerra de guerrillas de doce días tuvo efectos políticos de gran envergadura.



Como sucedió en Venezuela, el alzamiento zapatista desencadenó un ciclo de protesta popular. Un cuidadoso registro de protestas populares observadas en México entre 1994 y 1999 ha contabilizado más de 82 mil acciones de lucha social (cartas, plantones, denuncias, bloqueos, boicots, marchas, enfrentamientos armados). Los datos permiten determinar que el número de acciones de lucha social contra el gobierno mexicano se elevó a 6,742 hechos durante 1994. En 1995 y 1996, tales hechos ascenderían aproximadamente a 12,140 y 12,221, lo que implicaría un crecimiento de 100% en relación al año del levantamiento zapatista. La efervescencia popular disminuiría en un 20% en 1997 (9,818) y seguiría descendiendo hasta llegar en 1999 a los niveles de 1994 (6,345).⁸

El tercer momento cumbre de las luchas sociales recientes en América Latina es el Argentinazo, como coloquialmente se denominan los levantamientos populares sucedidos en Argentina el 19 y 20 de diciembre de 2001. Es demasiado pronto todavía para saber si este alzamiento generará un ciclo de protestas populares de mayor envergadura. Pero sí se puede decir que dicho levantamiento es culminación de un ciclo acumulativo de extraordinarias experiencias de luchas populares contra las medidas de austeridad económica preconizadas por el neoliberalismo. Algunos autores consideran que el ciclo de protesta popular comenzó a partir de la pueblada de Santiago del Estero el 16 de diciembre de 1993.⁹ Pero otro autor (Federico Schuster) ha hecho un recuento de protestas que arrancan en 1989, en coincidencia con el inicio de la implantación franca del neoliberalismo en el país.¹⁰ Entre 1989 y 1996 se registraron 1,734 protestas, de las cuales el 51% tenía matriz sindical¹¹. Entre 1989 y 1990 comenzaron a aparecer los saqueos, que culminarían con el motín de Santiago del Estero en 1993 y abrirían paso a un ascenso de las protestas callejeras, que tendrían

5 López Maya, Margarita, "La protesta popular venezolana entre 1989 y 1993 (en el umbral del neoliberalismo)" y Salamanca, Luis, "Protestas venezolanas en el segundo gobierno de Rafael Caldera: 1994-1997", en Margarita López Maya (editora), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1999.

6 López Maya, *op. cit.*, p. 222.

7 *Ibid.*, p. 223; Salamanca, *op. cit.*, p. 245.

8 "Espacio de Reflexión y Acción Conjunta. Militarización, Represión e Impunidad (ERACMRI). El costo humano de la guerra de exterminio selectivo en México: 1994-1999. Avance exploratorio analítico de las luchas sociales". *Cuaderno de reflexión y acción no-violenta*, No. 3, México D. F. (Verano), 1999, pp. 73-79.

9 Laufer, Rubén y Spiguel, Claudio, "Las 'puebladas' argentinas a partir del 'santiagueño' de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha", en Margarita López Maya, *op. cit.*; Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia, "Formas de la protesta social en la Argentina de los 90". Ponencia presentada en el XXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Concepción, Chile, 12-16 de octubre de 1999. En Argentina se le llama *pueblada* a las rebeliones masivas de carácter urbano (Laufer y Spiguel, 1999, pp.18, 30).

10 Scribano, Adrián, "Argentina 'cortada': cortes de ruta y visibilidad social en el contexto de ajuste", en Margarita López Maya, *op. cit.*, p. 50; Laufer y Spiguel, *op. cit.*, p. 15

11 *Ibid.*

otros dos momentos climáticos en las puebladas de Cutral Co, Plaza Hincul (Neuquen) y Libertador General San Martín (Jujuy). Entre 1992 y 1999 se observaron nueve huelgas por rama a nivel nacional, generales a nivel provincial y generales a nivel nacional. En 1996 comenzaron a cobrar relevancia los cortes de ruta y aparecieron los piqueteros (grupos pequeños constituidos generalmente por desempleados) como principales protagonistas de esos cortes.

Es importante destacar que los cortes de ruta, una de las formas de lucha más importantes de los últimos años en Argentina, se realizaron en aquellas provincias y ciudades del país en las que el nivel de necesidades básicas insatisfechas (NBI), el déficit ocupacional y la desocupación eran significativos. La desocupación iba desde un 12.5% en Neuquen y Plottier hasta un 26.8% en Gran Rosario, y pasaba por un 17% y 19% en el Gran Buenos Aires, Gran La Plata, Mar del Plata y Batán, Gran Córdoba, Jujuy y Palpalá, Bahía Blanca, Santa Fe y Santo Tomé. Las poblaciones con mayor número de cortes de ruta fueron también ciudades donde el NBI alcanzaba porcentajes notables (entre el 25 y 48%): Cruz del Eje, Belén, Orán y Monteros. También fueron lugares en donde se observaron reducción en la participación electoral, mayor polarización social y privatizaciones de empresas públicas.¹²

El Argentinazo de diciembre de 2001 resulta notable, no sólo por tratarse del clímax de las luchas de obreros en activo y despedidos, empleados públicos despedidos, sectores populares afectados por las alzas de precios, contenciones salariales y privatizaciones, jubilados reducidos en su calidad de vida, sino porque después de años de una hegemonía política sustentada en el control de la inflación y la paridad con el dólar¹³, las clases medias se unieron a la protesta con motivo de la retención de sus ahorros (el Corralito). Esa alianza circunstancial de distintos sectores populares (piqueteros y caceroleros) en una pueblada de nivel nacional —independientemente de las provocaciones que haya montado el menemismo—, convirtió la creciente crisis económica en una significativa ingobernabilidad y en una afirmación de lo popular, después de décadas de haber sido



desmantelado éste en el contexto de la guerra sucia observada entre 1976 y 1982.¹⁴

Finalmente hay que destacar que el cuarto gran momento de la reciente rebelión popular en América Latina lo constituye la Bolivia de febrero y octubre de 2003. En un proceso de ascenso de luchas de masas que culminaría en la llamada guerra del gas, campesinos, mineros aglutinados en la Central Obrera Boliviana (COB), estudiantes y la organización de los coccaleros con dirigentes de reivindicaciones étnicas y clasistas como Evo Morales y Felipe Quispe, lograron detener la entrega del gas natural a consorcios extranjeros y obligaron a la renuncia del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. El movimiento pluriclasista no puede ser reducido a una demanda de carácter nacionalista (la defensa de un recurso natural, el gas); en realidad la rebelión es resultado de años de medidas neoliberales que al igual que en toda la región, castigaron a los sectores populares.

Neoliberalismo y protesta popular

En Guatemala, la guerra sucia destruyó o debilitó el tejido social de la resistencia antineoliberal. En la década de los setenta se desarrolló un notable movimiento popular articulado en torno a lo sindical, sin el cual resulta inexplicable el alzamiento guerrillero posterior. Cuando las medidas neoliberales se empezaron a implantar en el país, tal movimiento había sido desarticulado mediante el terrorismo de Estado más cruento de América Latina. Los años noventa observaron un crecimiento del movimiento de los pueblos indígenas y de los derechos humanos, mientras el movimiento sindical no se recuperaba del descabezamiento observado años atrás.¹⁵

En Colombia, las medidas precursoras del neoliberalismo ensayadas durante el gobierno de Alfonso López Michelsen (1974-1977) provocaron el Paro Cívico Nacional de 1977. Éste inició un ciclo de protesta popular que tendría en 1978 su momento climático, por el número

12 Iñigo Carrera y Cotarelo, *op. cit.*; Scribano, *op. cit.*, p. 53-55.

13 Bonet, Alberto, *Proyecto de investigación de tesis de doctorado*, Posgrado de sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 2002.

14 Los distintos autores de los artículos que componen el Cuaderno No. 7 de La FISyP en Buenos Aires, coinciden en destacar meritoriamente y no peyorativamente, esta participación de las clases medias en el *Argentinazo* y en resaltar el flujo popular después de que este fue cortado por la guerra sucia. Gambina, Julio, Beatriz Rajland, Daniel Campione, Pablo Imen, Gonzalo Rodríguez, Ariel Wilkins y Oscar Sotolano, *Rebeliones y Puebladas*, Cuaderno No. 7 (2ª. Serie) de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISyP), Buenos Aires, 2002.

15 Figueroa Ibarra, Carlos, "Paz, neoliberalismo y protesta popular en Guatemala", en Margarita López Maya, *op. cit.*

Lo popular está surgiendo en América Latina en el contexto de un creciente y contradictorio espíritu antiestatal y antipartidos políticos y en el marco de crecientes dificultades del Estado para resolver las demandas sociales

de huelguistas (el mayor de dicha década) y por el número de paros cívicos, el mayor registrado entre 1958 y 1981. Sin embargo, en la década de los ochenta, pese a las medidas de carácter neoliberal que empezó a tomar el gobierno de Belisario Betancur, probablemente debido a la escalada de violencia, la protesta popular no adquirió los niveles de 1977 y 1978. Aún así, pese a la ausencia de paros cívicos —como los observados entre 1977 y 1978— en el quinquenio 1981-1985 el número de huelguistas para cada año estuvo entre los 700 y casi 900 mil. Entre 1988 y 1991, se observó otro repunte huelguístico que involucró anualmente entre 900 mil y más de un millón de huelguistas, para decrecer en un 50% en los años siguientes.¹⁶

Así pues, desde los albores del neoliberalismo, sus rigores provocaron todo tipo de actos de resistencia. Los contextos y causas desencadenantes fueron diversos en la región. En México, Venezuela, Argentina, Chile y Uruguay es evidente que el neoliberalismo dismanteló beneficios sociales y calidad de vida propios de la versión latinoamericana del Estado benefactor. El anuncio de medidas de austeridad y encarecimiento de la vida por presidentes que como candidatos habían ofrecido lo contrario, precipitó el Caracazo en Venezuela y las puebladas en Argentina. La confiscación temporal de

cuentas bancarias desencadenó el Argentinazo de 2001. El anuncio de que Fujimori se reelegiría por tercera vez inició el ascenso de la protesta popular en Perú. La reforma del artículo 27 de la Constitución, que daba por finalizado el reparto agrario y permitía la venta y la renta del ejido, fue uno de los hechos que alentaron la rebelión zapatista en 1994.

Dos autores, Walton y Shefner, constataron que entre 1976 y 1989 se observaron en la región 80 campañas de protesta contra la austeridad.¹⁷ En el período comprendido entre 1996 hasta agosto de 2001, la revisión de algunos diarios latinoamericanos y estadounidenses dio cuenta de 281 campañas y 969 protestas en toda la región.¹⁸ Las proporciones de tales campañas tuvieron un comportamiento oscilatorio con cúspides que significativamente son cada vez más grandes que la anterior: en 1997, 1999 y 2000. De igual manera, el epicentro de las protestas pasó de Perú, Argentina, República Dominicana, Brasil, Bolivia y Venezuela, en los ochenta y principios de los noventa, hacia Ecuador, Colombia, Honduras, Nicaragua y El Salvador entre 1996 y 2001.¹⁹

Nuevos actores, nuevas formas de lucha

Ciertamente, nuevos actores y nuevas expresiones de lucha han surgido en todo este proceso. El desmantelamiento de industrias y el decaimiento de productos de primoexportación ha desaparecido antiguos sujetos. El mercado del narcotráfico ha hecho surgir a otros.

En Bolivia, en el Chapare, la población pasó de 5 mil a 35 mil familias y a 200 mil personas, en veinte años, que viven de la producción y comercialización de la coca. El incremento poblacional se nutrió de los masivos despidos en las minas —los legendarios mineros bolivianos prácticamente han desaparecido—, de la población campesina expulsada por las sequías en las altas mesetas en Los Andes, y de los contingentes de desocupados que las ciudades expulsaron.²⁰ Esta multitud abigarrada ha constituido a los coccaleros, que han sido en los noventa uno de los ejes del movimiento popular boliviano.²¹ Los coccaleros del Putumayo, Guaviare y de la Baja Bota Cauca, en Colombia, han encabezado un fuerte movimiento para que los reconozcan como movimiento social y no como simples delincuentes.²²

Surgido de tradiciones de lucha campesina desde los años setenta del siglo XX, nutrido con exobreros industriales que perdieron su trabajo y de marginales residentes en las periferias urbanas, el Movimiento de los Sin Tierra (MST) se convirtió en los noventa en la parcela más conocida e influyente del movimiento social brasileño.²³

En el Ecuador, las distintas etnias agrupadas en la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador

16 Medina, Medófilo, "El neoliberalismo en Colombia y las alternativas de las luchas sociales 1975-1998", en Margarita López Maya, *op. cit.*, pp. 113-114, 123.

17 Almeida, Paul, "Los movimientos populares contra la austeridad económica: América Latina 1996-2001". Ponencia presentada en el congreso de la Latin American Studies Association (LASA), Washington D. C., septiembre 6-8 de 2001, p. 1.

18 *Ibid.* El autor del trabajo que consigna estos datos define a las campañas como luchas extensas contra una política específica de austeridad y a la protesta como los sucesos individuales que se observan en una campaña (marchas, cortes de ruta, huelgas, etc.)

19 Almeida, *op. cit.*, pp. 5-6

20 La desaparición de los mineros del estaño debe ser matizada puesto que formas de empleo minero parecen continuar en Bolivia. En *la guerra del gas* las noticias nos informan de la presencia de mineros en la rebelión.

21 Gironda C., Eusebio, *Coca inmortal*, Plural editores, La Paz, Bolivia, 2001, pp. 393-399.

22 Ramírez, María Clemencia, "Construction and Contestation of Criminal Identities: the Case of the Coccaleros in the Putumayo and Baja Bota of Cauca". Ponencia presentada en el congreso de la Latin American Studies Association (LASA), Washington D. C., septiembre 6-8 de 2001.

23 Souza, María Antonia de, "MST: después de la conquista de la tierra, la lucha contra la exclusión social". Ponencia presentada en el XXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Concepción, Chile, 12-16 de octubre de 1999.

(CONAIE), se convirtieron en los últimos años del siglo XX en el epicentro de una poderosa fuerza social que tuvo que ser tomada en cuenta para restablecer la gobernabilidad. A partir del segundo lustro de los ochenta, como ya se ha dicho, el movimiento étnico resultó ser la gran novedad en Guatemala, como también sucedió con los mapuches en Chile.

Ex-obreros y ex-mineros convertidos en luchadores agrarios, trabajadores rurales y marginales urbanos con demandas campesinas, burócratas, estudiantes, pueblos indígenas, desempleados, ambientalistas, mujeres: tales son algunos sujetos del abigarrado movimiento de protesta social en América Latina. Las formas de expresión de la protesta incluyen novedades, además de los ya antiguos cacerolazos: marchas a caballo y con machetes que evocan al imaginario zapatista y villista, tambores y cornetas propias de las porras deportivas, crucifixiones, desnudamientos públicos, perforaciones de piel y extracciones de sangre, ollas populares, marchas del silencio, apagones, bocinazos, misas procesiones y rezos, marchas carnavalescas, todas ellas manifestaciones lúdicas que se alternan con el drama de los motines, rebeliones, cortes de ruta, huelgas y la represión del Estado que le suceden. En medio de esta diferenciación, drama y manifestaciones lúdicas, los obreros parecen seguir jugando un papel significativo. Entre las 281 campañas de protesta contra la austeridad observadas entre 1996 y 2001, el sujeto más activo fue la clase obrera con su participación en 56% de dichas campañas.²⁴

Protesta popular y procesos políticos

La abigarrada composición, su desigual nivel de propuesta política alternativa y la rebelión popular han tenido igualmente un desigual efecto político y social en las distintas sociedades en las que se han observado.

El alzamiento zapatista en Chiapas tuvo entre sus consecuencias un nivel de dotación de tierras sin



precedentes en una región en la que la reforma agraria se había escamoteado o aplicado con morosidad: en 1994 las organizaciones campesinas tomaron 698 predios de entre 2 y 33 hectáreas y entre 1995 y 1996 las autoridades agrarias tuvieron que entregar más de 250 mil hectáreas invadidas a través de la indemnización a sus antiguos propietarios. Los efectos del alzamiento también cambiaron la geografía electoral a nivel municipal en las regiones aledañas al levantamiento, y pese a que después el zapatismo pregonó el abstencionismo electoral, lo que facilitó al partido gobernante (PRI-Partido Revolucionario Institucional) retomar el control, lo hizo con un número de votos cada vez más reducido.²⁵

En Brasil, los efectos del crecimiento del MST también son impresionantes. Entre 1974 y 1984 el país observó 115 asentamientos, mientras que entre 1985 y 1989 tal cifra se elevó a 615, para disminuir a 478 en el quinquenio siguiente, y subir a 2,750 entre 1995 y 1999, para totalizar casi 4 mil asentamientos rurales en el período.²⁶

Si bien el proceso de constitución programática de los movimientos populares en América Latina es incompleto, no puede desdeñarse su impacto político. En Venezuela, el Caracazo abrió un ciclo de protesta popular que puso en crisis terminal al sistema de partidos políticos y a la institucionalidad acordada en el Pacto de Punto Fijo de 1959, además de abrirle paso al fenómeno del chavismo. En Ecuador, el movimiento de los pueblos indígenas interrumpió un período presidencial y generó una crisis de gobernabilidad que obligó a la Casa Blanca a intervenir para frenar un proceso de consecuencias impredecibles. Detrás del triunfo del entonces coronel Lucio Gutiérrez en las elecciones presidenciales de fines de 2002, se encuentra la movilización social generada por la CONAIE. En Perú, el movimiento popular fue un factor no desdeñable en el fin del fujimorato. En Argentina, la creciente protesta popular precipitó la primera caída del arquitecto del neoliberalismo, Domingo Cavallo, en 1996, terminó después con la presidencia de De la Rúa y de Rodríguez Saá y ha generado un proceso en el cual la legitimidad de la mayoría de los partidos políticos y del Estado se encuentra en entredicho. En México, el zapatismo marcó el principio del fin de la hegemonía del salinato y junto a la oposición de izquierda y de derecha fue un factor sin el cual no se explica la conclusión de las siete décadas de hegemonía priista.

24 Almeida, *op. cit.*,

25 Paris Pombo, María Dolores, "Violencia institucional y derechos indígenas en Chiapas". Ponencia presentada en el XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Antigua, Guatemala, 29 de octubre-2 de noviembre de 2001.

26 Mancano Fernandes, Bernardo. "La territorialización del Movimiento de los Trabajadores sin Tierra en Brasil (MST)". En Margarita López Maya, *op. cit.*; Souza, *op. cit.*

Democracia, neoliberalismo y continuidad de la protesta popular

Cabe iniciar la parte final de este trabajo planteando que las esperanzas puestas a fines de los años setenta en la democracia representativa, como “forma óptima de la dominación burguesa” en América Latina, no se vieron cumplidas.²⁷

En un mundo globalizado en el cual la soberanía es redefinida incluso en los países centrales, la reivindicación de la nación, que las políticas económicas de las dictaduras militares habían desvirtuado, no se observó. Más aún, al profundizar las políticas económicas neoliberales, las democracias representativas surgidas en la región profundizaron su desmantelamiento.

El balance de la restauración de la ciudadanía en el contexto de los regímenes posdictatoriales, también es magro. El surgimiento de nuevas formas de autoritarismo que se visten de democracia, la persistencia de la represión política, sobre todo, en los momentos de rebelión, la existencia de poderes invisibles (narcotráfico y resabios de la guerra sucia), las institucionalidades informales que desvirtúan a las formales, la intensificación de las ausencias estatales merced al neoliberalismo, el surgimiento de poderes y actos de justicia informales en campos y ciudades, el crecimiento desenfrenado de la pobreza urbana y rural, el incremento del crimen organizado y la delincuencia común en los cascos urbanos, el énfasis en el recurso punitivo para frenar la delincuencia, la demanda de significativos sectores sociales para que los derechos ciudadanos se maten en el caso de los delincuentes, son todos factores de violencia y descuidanización para la mayor parte de la población en América Latina.

Ciertamente, como hemos intentado demostrar en este trabajo, lo popular es un hecho cada vez más significativo en la región. Pero esta presencia creciente no necesariamente se da en un juego de interlocución que provee al Estado de insumos para negociar la satisfacción de la “justicia sustantiva”. Más bien, lo popular está

surgiendo en América Latina en el contexto de un creciente y contradictorio espíritu antiestatal y antipartidos políticos y en el marco de crecientes dificultades del Estado para resolver las demandas sociales.²⁸

Es imprescindible mencionar la novedad de la protesta popular en América Latina en cuanto a sujetos y formas de lucha. Pero como justamente ha sido señalado²⁹, también resulta imprescindible no exagerarla. Detrás de las grandes movilizaciones populares en Perú, que culminaron con la caída de Fujimori, se encuentra la recuperación de una larga trayectoria de la izquierda peruana que arranca desde los años veinte.³⁰ Las grandes marchas cocaleras en Bolivia se nutren de la vigorosa experiencia sindical y de lucha de los ya prácticamente desaparecidos mineros, lo que se expresa en la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB). Las asambleas populares, la revocabilidad, el rendimiento de cuentas, formas de democracia directa y organización de los piqueteros en Argentina, proviene de las mejores tradiciones del movimiento obrero.³¹ Detrás del MST en Brasil, se encuentran la acumulación de la memoria de las luchas campesinas, metalúrgicas y de las comunidades eclesiales de base, y no es una casualidad que los referenciales político-ideológicos e íconos de dicho movimiento sean Ernesto Che Guevara, Mao Tse Tung, Fidel Castro, Lenin y Marx.³²

Aun en medio de grandes rupturas con el pasado, no es posible negar matrices y raíces de ciertos movimientos sociales. El zapatismo es resultado de un movimiento guerrillero que nació recuperando las tradiciones y líneas ideológicas de las insurgencias de los años sesenta y setenta.³³ La eclosión del movimiento étnico en Guatemala a partir de los noventa resulta inexplicable sin la labor organizativa de las organizaciones revolucionarias o insurgentes iniciada en la segunda mitad del siglo XX, y sin la gran rebelión campesina que encabezaron entre 1979 y 1981.

Concluimos pues que la continuidad de la protesta popular, en medio de sus novedades, es un reflejo de la persistencia de los grandes conflictos políticos y sociales de la región que se observan, pese a los cambios políticos. La institucionalidad posdictatorial en América Latina está en crisis, porque la democracia política que sucedió a las dictaduras no ha podido resolver lo popular. Y se seguirán observando trances semejantes mientras este hecho no tenga una resolución sustancial. ■

27 O'Donnell, Guillermo, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Editorial Paidós, Buenos Aires-Barcelona-México, 1997, pp. 72, 88.

28 “Que se vayan todos” dicen en Argentina y no faltan los que se llaman “autoconvocados” en rechazo a todas las organizaciones políticas y sociales (Barrios, 2001). Falta ver si este rechazo es consistente o, como ha sucedido en ocasiones anteriores, no implica necesariamente una reformulación del sistema de partidos políticos. Los resultados de las elecciones presidenciales en 2003 siguen planteando una interrogante al respecto. En Venezuela se tiene un caso en que dicha reformulación se observó.

29 Poole y Renique, 2001.

30 *Ibid.*

31 Laufer y Spiguel, *op. cit.*, pp. 33-36.

32 Souza, *op. cit.*

33 Tello Díaz, Carlos, *La rebelión de las Cañadas. Origen y ascenso del EZLN*, Ediciones Cal y Arena, México D. F., 2000.

Carlos Figueroa Ibarra (Guatemala, 1952). Sociólogo guatemalteco-mexicano. Profesor Investigador en el Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, en México.